

pervertido, que empieza: "Oh dulce niña pálida que como un montón de oro..." (138)

Y nos dice Fernando Vallejo que éstos son, definitivamente, "los diez más bellos poemas que ha compuesto Colombia."

Con *Chapolas negras* reconstruimos un territorio: Santafé de Bogotá en las dos últimas décadas del siglo XIX; y dentro de este territorio nos encontramos con el barrio La Candelaria y las mentalidades de quienes lo habitan. Los efectos verosímiles de la escritura de Fernando Vallejo nos sumergen en estas calles para luego instalarnos en la casa de los Silva y en ese almacén fundado para una aristocracia caprichosa. Igualmente, el texto recupera las voces y las figuras, como si estuviésemos viendo una película, de los escritores contemporáneos a Silva: Carrasquilla, Sanín Cano, Pombo, Vargas Vila, Rivas Groot y Gómez Restrepo, entre otros. Se trata pues, de un viaje retrospectivo hacia un momento de nuestra literatura. *Chapolas negras*, constituye, sin duda, uno de los mejores libros editados en el año 1996.

Fabio Jurado Valencia

**David Jiménez. *Día tras día*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1997. 117 págs.**

No hacemos un lugar en el atardecer  
y buscamos palabras para el verso  
que diga el sentido de todo esto  
pero no las encontramos.

...  
y los poemas son ecos  
de una totalidad que no ha culminado  
que ya se descompuso.

(David Jiménez, "Acaso importan ya otras identificaciones..." y "Si de verdad todo poema habla de tí", *Día tras día*)

*Día tras Día*, el segundo libro de poemas de David Jiménez, fue galardonado con el Premio Nacional de Cultura en la modalidad de poesía en 1996. En su conjunto se destaca por la depuración y trabajo lingüístico. Es un poemario limpio de retórica y alejado de todo artificio donde el poeta persigue la palabra que evoca, convoca y sugiere. La búsqueda poética de las esencias, los ecos, las sensaciones y los augurios son la constante de su poesía.

"Palabras de familia" introducen el libro, y la vida hogareña con sus esencias y recuerdos orienta los temas y los ecos de la infancia, la adolescencia y la juventud. Lo forman retratos y rincones del recuerdo de gran intensidad. Los tiempos pasados se alternan con el vivir presente y cotidiano donde "La enfermedad y la muerte vienen cada cierto tiempo/ a unir los pedazos dispersos" ("Retrato de familia", p. 9).

Mediante el lenguaje explora y produce sentidos. Recorre tanto el camino de lo prosaico como el de la sonoridad y el ritmo. El lenguaje es en muchos poemas melodioso y rico en reiteraciones y efectos fónicos como en "Sólo existen por mí / ellos y la casa y la calle. / Sin mí vivirían y morirían / simplemente./ Sin mí viven y mueren" ("Sólo existen por mí" p. 13).

*Día tras día* es un diario de vida interior, muy personal, registrado a través de imágenes breves y fugaces similares a las de la tradición expresiva de los aforismos de Emily Dickinson, las imágenes visuales de José Manuel Arango o los instantes de un haiku.

Su preocupación principal se dirige a la movilidad y desgaste del tiempo y las distintas impresiones de su paso. El poeta capta instantes fugaces, persigue ausencias, evoca momentos y rostros y busca por medio de la antítesis y la paradoja la comprensión de la vida y la percepción del tiempo: "Entonces nos apoyamos en los fuertes / que también fueron débiles" ("Retrato de familia", p. 9), "Algunos arribamos y otros apenas parten" ("Retrato de familia", p. 10).

El poeta reflexiona sobre la acción del tiempo y sus vestigios transformados en recuerdos, sobre su poder destructor y la única salvación en el mundo interior, en la poesía como único albergue posible ("En fuego y aire", p. 73). El amor no escapa a la devastación del tiempo y la poesía parece querer guardar y preservar para siempre las esencias y los ecos de lo vivido y lo soñado en contra del tiempo devorador.

Llama la atención en estos poemas que registran y encierran el paso del tiempo, la sutil captación del instante generador de presentimientos e intérprete del mundo interior ("Pero la luz de la tarde..."). Igualmente las diferencias entre las edades y las generaciones es un motivo recurrente de estos retrato-poemas. ("Mi secreto deseo fue parecer un obrero").

La soledad, herencia del paso del tiempo, merodea casi todos los poemas ("Gloria de la soledad"). Es notorio el tono desolado. "Lo esencial siempre está ausente", dirá David Jiménez ("La soledad, tras su puerta", p. 105).

Es también interesante la visión de la costumbre y de los hechos cotidianos y domésticos como parte de las búsquedas de sentido del hombre. David Jiménez proyecta sobre el ritual diario de los oficios domésticos, el caminar las calles o los instantes del amor, unas luces y unos efectos singulares creados mediante imágenes y asociaciones originales y sugestivas. ("No soy como los árboles...").

Sigue a los retratos de familia "La sopa de amor" que recuerda las síntesis mágicas de cocina y amor de Laura Esquivel. Son seis visiones del amor con sus luchas, incendios y apagones cotidianos : "el amor... abrió, floreció y se secó, / todo antes que las plantas y antes que el arroz" ("La joven esposa habla de una separación inminente", p. 43). El amor, breve y pasajero registra, como todo lo humano, la demolición del tiempo.

En la calle se cita otra visión de lo cotidiano. El poeta encuentra los despojos y el dolor humano. La muerte y la violencia cotidiana tropiezan con sus pasos y sus versos conmovidos denuncian la realidad cotidiana. ("Las calles y los días").

Otros temas del libro son la vida como construcción de un mundo interior, el mundo de las ilusiones contrapuesto a la realidad, la voz de las cosas que evocan recuerdos, la experiencia y la búsqueda poética, las paradojas de la vida humana o las luchas contra el olvido y la ausencia. A través de los distintos poemas David Jiménez deja un testimonio no sólo personal sino de reflexión sobre la existencia humana.

María Dolores Jaramillo

**Beristáin, Helena. *Alusión, referencialidad, intertextualidad.***

**Bitácora de Retórica I. México: UNAM (Instituto de Investigaciones Filológicas), 1996. 69 págs.**

Tanto los antiguos como los hombres modernos hacemos Retórica, maliciosamente o de manera inadvertida para nuestro ego. Su poder ha sido talismán de sabios y habladores; y ahora asistimos a su revisión suprimiendo el velo encubridor que Helena Beristáin vence, en su ensayo titulado *Alusión, referencialidad, intertextualidad*, primera publicación dentro del proyecto Bitácora de Retórica.

El ensayo contempla la *ahusión*, expresión de algo sin decirlo, como figura retórica presente en una serie de tropos, mencionando entre ellos el énfasis, la litote, el eufemismo, la metonimia, la metáfora, la perifrasis, la ironía... donde el significado literal no basta a sí mismo, evocando entonces un significado figurado que convoca una fiesta de disfraces entre las palabras. Este procedimiento retórico, fuerza desplegada en el arte de la persuasión, también es sopesado por diversas perspectivas en el ámbito lingüístico, filosófico y semiótico, donde suenan los ecos de Bajtín, Genette y Pérez Firmat, entre otros nombres cabalmente conocidos en la plenaria literaria. Desde la perspectiva lingüística "la alusión se